

Camilo, El Cura Guerrillero...

Y SE FUE A LA MONTAÑA AL ENCUENTRO DE SU DESTINO

SIEMPRE, N° 752, noviembre 22 de 1967

POR MONS. GERMAN GUZMAN CAMPOS



(Del libro Camilo, el Cura Guerrillero, escrito por su compañero de sacerdocio y de luchas por la realidad del cristianismo en la Tierra, Monseñor Germán Guzmán Campos, presbítero, profesor asociado del Instituto Superior de Ciencias de la Sociedad Universidad INCCA de Colombia; y autor también del famoso libro La violencia en Colombia).

La explicación lógica de las cartas anteriores (dirigidas a Helio y Alfredo) se logra plenamente con las que figuran dentro del proceso seguido contra el Ejército de Liberación Nacional, consultable, quizás, cuando se dicte el fallo definitivo.

A Camilo se le podía someter de un momento a otro a Consejo Verbal de Guerra con base en los documentos decomisados. Sólo se esperaba el momento más oportuno para darle el golpe.

Aun cuando esto pueda alegarse como móvil poderoso parece que no fue la causa absoluta de su decisión de irse a las montañas.

A última hora se recurre a mítines relámpago; muy pocos participantes llegan; cuerpos armados, previamente informados por delación, seccionan a los manifestantes; se registran algunos choques; Camilo es golpeado y se salva porque lo encierran en un edificio del centro de la ciudad. ¿En resumen? Un fracaso total (Se refiere a la manifestación de octubre).

¿Se le hizo víctima de un doble juego turbio?

En ese instante es un gran abandonado, un lastimosamente traicionado.

Parece que Camilo entra en un proceso de soledad con etapas sucesivas de decepción, reacción, desafío, agresión, decisión, comprometimiento, respuesta, holocausto.

Se debe recordar que ante el sesgo de los acontecimientos, se planteaban con frecuencia tres disyuntivas:

—O me asilo en una embajada, cosa que no haré nunca;

—O me quedo, para que algún día me asesinen en la cárcel o me maten de un tiro en alguna manifestación;

—O me voy al monte.

Juzga que lo último es el camino lógico y obra en consecuencia.

Una tarde del mes de agosto, comenta: "Yo soy un guerrillero en comisión, aquí en la ciudad".

Cierto amigo suyo, hombre serio, cabal, veraz y responsable, ha suministrado directamente para este libro datos muy interesantes. Juzgo que su testimonio se ciñe a la verdad.

El 18 de octubre (1965) a las 5 p.m., le dice Camilo:

—No me puedo estar más aquí. El ejército ya lo sabe todo. Sabe mi vinculación con el Ejército de Liberación Nacional. Yo no quiero que me maten como a Gaitán en la carrera 7a., sino que me maten en el monte. Porque a Galán lo mataron en la ciudad y su muerte no mostró ningún camino. Mientras que si a mí me matan en el monte, mi muerte sí señala un camino. El ejército no es tan estúpido como para ponerme preso porque así yo sería más peligroso. Me les vuelvo un problema.

A las 7.50 de la noche se le ve reunido con mucha gente en las oficinas del semanario Frente Unido. Lo esperan para llevarlo a una concentración en el barrio de Bogotá. De un momento a otro llama aparte al amigo a quien he oído este relato y le dice:

—Acompáñame, que yo me voy.

Salen y toman un taxi de servicio público. Camilo ordena al chofer que lo conduzca al Hospital Militar. En el camino recoge a otra persona. Una vez llegados Camilo despidió el vehículo, penetra al amplio hall del piso bajo y pregunta en la oficina de información por un supuesto enfermo. A los 5 minutos regresa a reunirse con sus dos acompañantes y, andando, a pie, abandonan los predios del hospital y llegan a la carrera 3a. Mientras esperan un taxi, Camilo observa:

—No se les haga raro. Vine hasta aquí para chequear que no me estuvieran siguiendo.

Caía una fina llovizna sobre la ciudad, Camilo habló muy poco; no se le veía preocupado, pero sí más silencioso que de costumbre.

Cuando al fin logran abordar un vehículo, dice al chofer:

—Calle 72 con carrera 7a., por favor.

El conductor, al reconocer a Camilo, le dice que el pueblo tiene mucha esperanza en él. Camilo responde:

—Tenga la seguridad que yo no les fallo.

En la dirección indicada abandonan el automóvil y por la calle 72 descienden hasta la carrera 8a. Por ésta se encaminan hacia la calle 70. Camilo aparece aún más tranquilo, anda lentamente y se muestra eufórico. Por la calle regresan a la carrera 7a. Allí se ve un carro estacionado. Camilo se detiene y en voz un tanto baja dice:

—Ustedes dos son los únicos en quienes yo confío en este momento. Les manifiesto que me voy para el monte. Llegó la hora. El ejército lo sabe todo. Espero que allá nos encontremos algún día.

En seguida abraza fuertemente a uno de sus amigos, mientras le habla así:

—Siempre es una "joda" muy grande pensar que nos pueda tocar por allá siete o diez años.

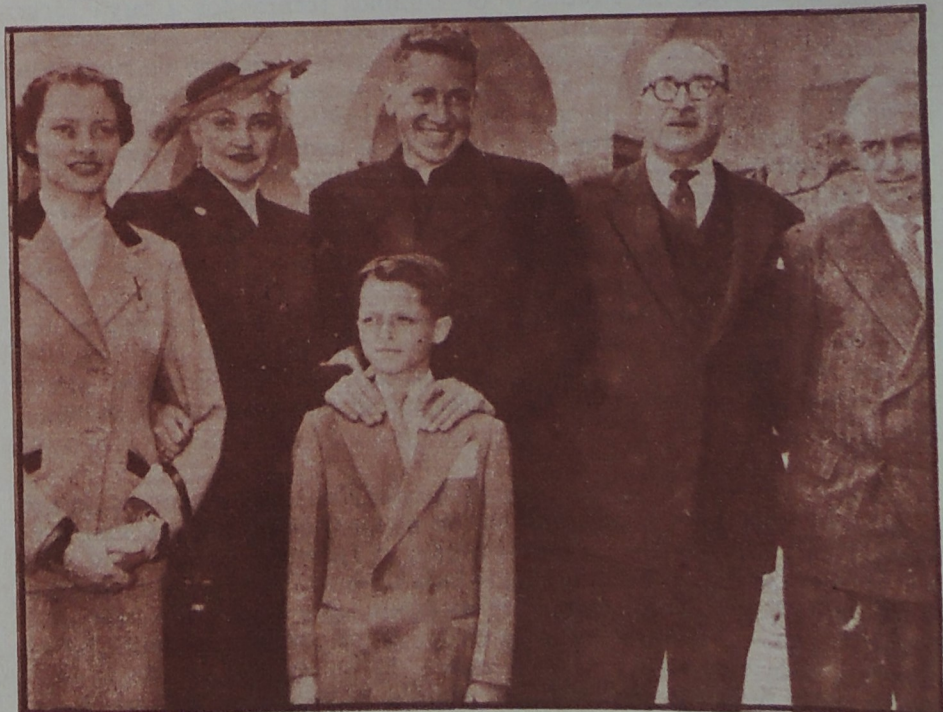
Luego abraza al otro.

Inmediatamente sube al automóvil en donde dos personas lo esperan: una, el conductor; la otra, ocupa el asiento posterior.

El vehículo se pierde con dirección norte.

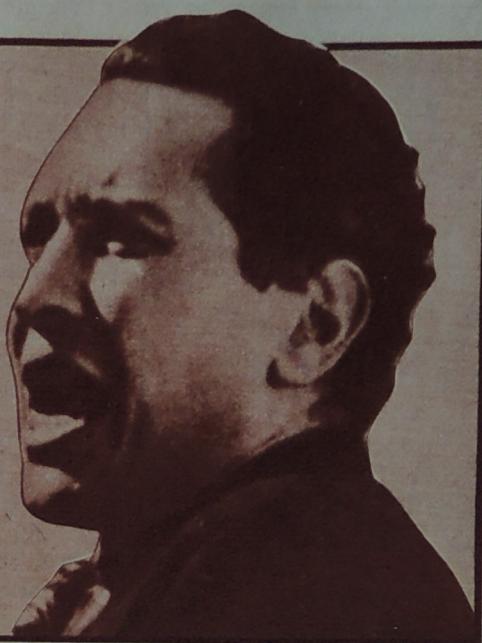
La lluvia arreciaba sobre la ciudad.

Los dos amigos acompañantes lo ven alejarse y uno de ellos, llorando intensamente, exclama:



Un día Camilo Torres —aquí con su familia— se ordenó sacerdote

ASILARSE, DEJARSE MATAR O IR A LUCHAR AL MONTE: ERAN LAS UNICAS SALIDAS QUE TENIA, DICE MONSEÑOR GUZMAN UN CURA QUE FUE VIEJO AMIGO DEL MARTIR



—Carajo. ¡Este Camilo es todo un berraco!

¿Qué se lleva Camilo consigo? Realmente nada material. Pero en cambio, algo que sí era la razón de su vida: fe en el pueblo, esperanza en su pueblo.

¿Qué viene después?

Una serie de errores que se concatenan de manera fatal hasta llevarlo al desenlace por muchos lamentado:

Al enmontarse se constituía, de hecho, en el elemento más peligroso para la subsistencia del orden imperante, dadas sus cualidades de líder con inmensas probabilidades de polarizar un considerable contingente humano que, diseminado en sitios estratégicos, daría comienzo a una lucha ardua y difícil, con complicaciones tan graves como la de que el territorio patrio fuera invadido por los marinos norteamericanos.

Al ser interrogado sobre la decisión de Camilo, el presidente Valencia respondió a los periodistas: "Es un bandolero más".

Ya el entonces comandante del batallón "Tenerife", de Neiva, teniente coronel Rivas Forero había dicho, refiriéndose a Camilo: "Si se levanta, será abatido".

Esto coincide con la consigna en uso en cuanto a organizados en guerrilla se refiere: "O se entregan, o se mueren".

Al tomar semejante determinación, Camilo tenía que morir.

En el Congreso Comunista (enero 1966) un curtido combatiente del sur del Tolima, con tono calentano, sencillez de campesino y franqueza de macho, afirmó que Camilo no podía estar seguro en las montañas de San Vicente de Chucuri.

¿Razones?

El grupo alzado en armas en aquella zona carecía de experiencia guerrillera suficiente, porque no había actuado durante los diez años de violencia. Podía tener un conocimiento a fondo del terreno, contar, tal vez, con el apoyo campesino de algunas zonas circundantes, capitalizar otra serie de ventajas. "Pero acuérdense, dijo, que al padre Camilo lo matan porque lo matan".

¿Otros errores?



Y otro día, angustiado, rebelde, se hace guerrillero en los montes.

—Ubicarse en una zona determinada lo exponía inevitablemente a su localización inmediata;

—Lanzar un manifiesto (enero 1966) acompañado de la fotografía donde aparece con dirigentes que no podían abandonar el área de acción;

—Una vez en el monte, a Camilo no le cabía misión distinta a la de adoctrinar pequeños grupos que fueran llegando, muy lejos de la línea de combate y con todas las seguridades necesarias para preservar su vida. Comprometerse en acción bélica, era una posibilidad que por todos los medios debía evitarse.

¿Por qué se comprometió?

De acuerdo con versiones dignas de crédito, llegó al grupo en armas y exigió que se le sometiera a curso de entrenamiento como a cualquier guerrillero. El mismo lavaba su ropa, cocinaba para los compañeros, prestaba servicio de guardia, recibía instrucción militar, aprendía el manejo de las armas y adelantaba labores de politización en algunas veredas. En cortísimo tiempo ganó los primeros puestos. Nadie pudo hacerlo desistir de participar en la acción que le costó la vida. Quiso obtener del enemigo sus propias armas. A todos los argumentos que se le expusieron respondió:

—¿Es que ustedes piensan que vine aquí a ser tratado como un inútil? ¿O que no soy capaz de luchar? ¿O que tengo menos coraje que ustedes? ¿Es que me creen menos bragado que ustedes? O se me trata como a un guerrillero o este no es mi sitio. Yo tengo que correr el mismo riesgo que corren ustedes.

Al insistirle en que no debía ir, se enfureció y planteó esta solución:

—O me dejan combatir o me fusilan.

Contrariando las órdenes de los jefes, Camilo marchó a la emboscada. Por primera vez participaba en una acción de guerra.

¿Cómo se explica esto? El poder de convicción que poseía Camilo se impuso como tantas veces. Lo perdieron su inmenso ascendiente sobre los compañeros y su valor y su inexperiencia y su concepto integral de la amistad y su convicción de compromiso y su cita honrada con la muerte en favor del pueblo.

En el terreno de la lucha no admitía ser inferior a ninguno. Nadie debe atreverse a aducir razones de autosuficiencia o extravío mental, para hacer luz en el comportamiento de Camilo.

Pero acaso, ¿todo esto no es absurdo?

Ciertamente, no logra entenderse sino dentro de la trayectoria de lo absurdo, de lo ilógico.

Héroes, santos, libertadores y mártires son la contradicción de la lógica.

En el fondo, se trata de dos parábolas contrapuestas: la nuestra frente a él, parece absurda, de retorno. La suya frente a nosotros, la interpretamos absurda, de avance hacia lo imposible, hacia la catástrofe inevitable.

Son dos actitudes en movimiento contrario, para concluir en que no pueden ser razonables. Para muchos hombres actuales de Colombia, Camilo nunca tendrá razón, ni jamás será posible justificar su actitud, su derrotero y su destino.

Es, precisamente, la consecuencialidad entre su vida, acción y actitudes con su idea, lo que le da valor de predestinado. De símbolo.

¿No estaremos ante el hecho de que una vez más lo humanamente insensato cobró sentido profético?

Para nosotros, Camilo es el absurdo. Para él, nosotros somos lo inexplicable.